

TOC TOC TAC TAC tac EN LA OSCURIDAD

La tupida selva tropical se abre generosa para dar paso a la carretera Río Petrópolis en Río de Janeiro Brasil que serpenteando las laderas de los cerros enfila hacia la sierra del norte alcanzando los 1000 metros de altitud.

Recibe a los visitantes en todo su esplendor el imponente palacio Hotel Quitandinha de estilo normando francés que, según cuentan los lugareños, lo hizo construir el propio Frank Sinatra para establecer un casino, proyecto frustrado por la ley dictada por el presidente Dutra en 1946 que prohibió los juegos de azar en todo el país.

Desde la carretera se ingresa por una calle secundaria tipo caletera que bordeando la laguna ingresa al porch del hotel y continua en curva hasta retomar la carretera hacia el centro de la ciudad de Petrópolis. Una laguna separa la carretera del hotel llena de coloridos botes a pedales. En una esquina sobresale el tobogán donde trepa un bote que desciende a gran velocidad, salpicando a los dichosos ocupantes que gozan de su recorrido.

El cielo diáfano y el clima templado con gratos 10 grados menos que la temperatura tropical de la ciudad turística de Río, hacen de la ciudad imperial, llamada así porque el último emperador Don Pedro II estableció allí su residencia de reposo por su delicada salud. Es un lugar paradisiaco que los cariocas todavía no han incorporado a sus barrios residenciales debido a los 65 kilómetros de distancia que los separan de sus playas y a las 3 horas y media que demora el recorrido de subida y bajada. Este bucólico ambiente se interrumpe frecuentemente con la invasión de la neblina que se forma por la condensación del aire tropical que se enfría al subir la montaña.

Durante los años 70 residimos con mi familia en el barrio Quitandinha en la calle que sube la falda del cerro detrás del hotel. Este rentaba sus habitaciones y funcionaba como club social con restaurant, sala de té, teatro, piscina temperada y al aire libre, canchas de tenis, de boliche y muchas otras entretenciones dispuestas para recibir a sus numerosos socios, mayoritariamente residentes en Rio de Janeiro, que subían a la ciudad imperial a recrearse.

En una oportunidad en que mis obligaciones laborales en Río terminaron demasiado tarde, regresaba en el último ómnibus, llegando a mi barrio Quitandinha pasada la medianoche. Era una de esas noches con neblina espesa que impedía toda visibilidad, obligando a deambular completamente a ciegas. La luz del vehículo que se alejaba se agotó rápidamente y sólo se sentía el ruido decreciente de su motor. La oscuridad me rodeó completamente y comencé a caminar por la carretera pegado a la cuneta para mantener la orientación. TAC TAC sonaban mis pisadas en el pavimento y tac el golpe que daba a la cuneta como rutina para no perderme. En la medida que se disipaba el ruido del motor del ómnibus empezaron a escucharse las pisadas de alguien que me precedía a cierta distancia. TOC TOC y TAC TAC tac sonaban en la oscuridad en forma acompasada como el único indicio de vida humana.

En medio de la caminata al acercarnos a la entrada de la primera caletera el sonido de los TOC TOC se fue sintiendo hacia la izquierda, indicando que mi predecesor se dirigía a rodear la laguna hacia el hotel. ¿Quién será el dueño de esos pasos?, ¿Alguien que descendió también del ómnibus conmigo, u otra persona desconocida que a esta hora deambula por la calle con desconocidas intenciones? Iba a seguir sus pasos cuando irrumpieron en mi mente las recientes noticias de asaltos y delitos en Petrópolis instándome a preferir por seguridad, seguir por la carretera para ingresar por la segunda entrada, aunque el trayecto resultara más largo. Retomé mis TAC TAC tac mientras los TOC TOC iban disminuyendo en lontananza.

Avanzando lentamente cada cierto trecho vislumbraba tenuemente pequeñas claridades en altura que debían corresponder a los focos de la ruta. Esto me hacía sentir que seguía en la carretera y que iba avanzando en la dirección correcta. A veces se divisaban las estelas luminosas de las luciérnagas cuando pasaban muy cerca y los grandes escarabajos, del porte de una pelota de tenis con su sonoro zumbido de sus élitros se sentían pasar o golpeaban mi cuerpo como piedrazos. El canto de los grillos, sapos, ranas y quizás otros habitantes de la noche mantenían su concierto nocturno. Mi sentido de la audición iba en alerta máxima para prevenir el paso de algún vehículo que irrumpiera en la carretera y estaba pronto a saltar por sobre la cuneta para alejarme del peligro, instancia que felizmente no ocurrió. Me imaginaba que estas sensaciones debían ser las que experimentan las personas ciegas en su vida diaria.

Al llegar al inicio de la caletera de salida me alegré al pensar que empezaba la segunda mitad de mi recorrido cuando de pronto se empezó a escuchar de nuevo un lejano TOC TOC que se acercaba lentamente. ¿Será el mismo caminante anterior, o será otra persona? ¿Y si fuera el mismo porqué está volviendo a la carretera? ¿Significa que él también tuvo mis mismos temores y trató de alejarse de mí?

Inmerso en estas dudas empecé a caminar en el mismo lugar sin avanzar previendo que el transeúnte incógnito llegaría hasta a la carretera y seguiría su camino sin enfrentarnos. Pasaban los minutos y mis TAC TAC junto a los lejanos TOC TOC mantenían la misma intensidad sonora sin acercarse, indicando que ambos estábamos marcando el paso.

Sacando fuerzas de flaqueza decidí a continuar mi trayecto. Las lejanas pisadas se acercaban lentamente, Cuando estaban bastante más nítidas crucé hacia el otro lado de la caletera para evitar que nos encontráramos de frente. Noté que sus pisadas hacían lo mismo, pero cuando iban en la mitad regresaron al lado anterior.

TAC TAC y TOC TOC nos fuimos acercando en forma paralela hasta sentirnos próximos, pero en bordes opuestos de la calzada.

Al momento de cruzarnos en completa oscuridad saludé con un fuerte BOA NOITE y sin querer se me escapó una risa de distensión. Un momento después en la medida que las pisadas se alejaban escuché la respuesta a mi saludo seguida de una sonora carcajada que interrumpió el silencio de la noche.